

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional

Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán

“Zeit mit Gott”

Tema: ¡Mi felicidad es increíble! - Salmo 16

(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



¡Mi felicidad es increíble! - Salmo 16 (12 días)

Día 1

Sal. 16:1-11

David describe en el Sal. 16 su felicidad y su regocijo, los que encontró en la comunión con Dios. Este es un salmo muy especial de regocijo. Irradia sosiego, profundo gozo, esperanza y consuelo. En estos versículos no encontramos ninguna queja, ni una sombra de sentirse atacado.

Martín Lutero denomina este salmo una “preciosidad dorada”. Esto demuestra que valora la oración de David de una manera singular.

El expositor bíblico C. H. Spurgeon también dice: “este salmo y su contenido es de oro puro”.

De la fundadora de nuestra hermandad, Christa von Viebahn, sabemos que ha dicho las palabras de este salmo en sus oraciones, después de que en cierto día experimentó su verdad de manera especial.

También nosotros queremos en los próximos días indagar detalladamente en la conversación de David con su Dios.

Él comienza con una petición concreta: “Guárdame, oh Dios”. ¿Acaso David no era el luchador fuerte y valiente, que no temía al león, ni al oso, ni tampoco la lucha con el gigante Goliat? ¡Cuántas veces se esperaba de él valentía y determinación! Sin embargo, al correr el tiempo de su vida, se dio cuenta que no podía confiar en su propia fuerza y poder. Él necesitaba refugio y protección de alguien mayor, de Dios mismo. No se refería solo a los ataques exteriores, que le angustiaban. Mucho más le importaba - - no perder nunca más la comunión con su Dios. Por eso oraba en el Salmo 17: “Muestra tus maravillosas misericordias, tú que salvas a los que se refugian a tu diestra, de los que se levantan contra ellos. Guárdame como a la niña de tus ojos; escóndeme bajo la sombra de tus alas” (Sal. 17:7,8; comp. Sal. 25:1,2).

Día 2

Sal. 16:1; 86:1,2

“Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado”. El pedido de David encierra la confesión: Señor, ¡yo te necesito! Te necesito, para poder mantenerme correctamente en el camino, que me has encomendado. –

Muchas cosas nos atormentan cada día, oprimen nuestros sentimientos y pensamientos. Nuestro corazón versátil se deja impresionar fácilmente por los acontecimientos y las circunstancias.

Este problema lo conocía también el negociante, consejero pastoral y compositor de canciones Gerhard Tersteegen, quien nos aconseja:

“Dejad que vuestro corazón tenga una conversación con el Señor todo el día, entonces Él está presente para vosotros todo el día. No seáis tímidos, porque Dios os llama a sí mismo. Él sabe muy bien que somos miserables. Decidle todo lo que tengáis en vuestro corazón, también las quejas; si no - podeis decírselo, dejadle ver en el interior de vuestro corazón”.

En otro lugar escribe: “Este es un camino hermoso y recto en el que podamos considerar lo que nos mueve, en privado, con Dios solo, en su luz. De todo lo que encontremos y experimentemos en el camino de nuestra vida podemos hablar con Dios en oración”.

David eligió este camino. Con su petición por la protección pone toda su confianza en Dios. Esta confianza es la llave para llegar al corazón de Dios. Nosotros podemos seguir el ejemplo de David y orar: Guárdame, oh Dios, en la comunión contigo. Guárdame, para que pueda estar firme, cuando estoy en peligro de tropezar por las tentaciones. Guárdame para no caer en la resignación y el desánimo, guárdame de mis propias fuerzas y debilidades, cuando significan daño para mí o para otros. Guárdame de la comodidad y de la auto seguridad.

En todo tiempo podemos dirigirnos a Dios de esta manera y estar en comunión con Él (comp. Sal. 25:5,20; 141:3,9).

Día 3

Sal. 16:2,5,6; 73:25,26

El versículo 2 nos señala otra razón por la que a David le es tan importante su relación con Dios. Sin lugar a dudas, él afirma: “¡Tú eres mi Señor! No hay para mí bien fuera de ti”. En los versículos 5 y 6 repite esta afirmación: “Jehová es la porción de mi herencia ... Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos”. Por estas pocas palabras reconocemos el gran amor de David hacia su Dios. A Él se ha entregado y confiado completamente. De este modo experimenta la felicidad de una profunda comunión con su Señor.

Pero una relación tan íntima no deja de ser cuestionada. El enemigo sabe cómo perturbar nuestra paz interior. En muchos sentidos logra que la impaciencia, el desaliento, la amargura y la falta de amor actúen como la arena en el engranaje. A veces la perturbación viene de nosotros mismos, porque nos estamos alejando de Jesús a través de una abundancia de trabajo y actividades adicionales. No tenemos tiempo para hablar con Dios. Siempre se nos pide de nuevo que clarifiquemos las prioridades de nuestra vida y alineemos nuestras vidas cotidianas en consecuencia.

¿Cuánto me vale la conversación con Dios y el ocuparme con su Palabra?

Otro factor perturbador en nuestra relación puede ser la culpa, la que no hemos declarado como tal. David experimentaba un tiempo así en su vida (comp. 2.S. 11 y 12). Primero intentaba arreglarse solo con este problema; y tal y como le fue, lo describe en el Sal. 32. Pero cuando ya no lo aguantaba más, él oraba: “Mi pecado te declararé, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Sal. 32:5; lea Pr. 28:13; 1.Jn. 1:8,9).

Día 4

Sal. 16:2; 1.Jn. 4:19

La confesión de David a Dios como su mayor bien y su más alta felicidad, nos recuerda su oración en el Salmo 18: “Te amo, oh Jehová, fortaleza mía” (v.2). No son bellas palabras que David expresa por una fuerte emoción. No, estas palabras brotan de la profundidad de su corazón, de lo más íntimo de su personalidad. Estas tienen validez tanto en los buenos días como en los malos. Dios significa todo para él.

“¡Te amo, oh Señor!” ¿Acaso se puede hablar así con Dios? David cumple el mandato de Dios, el que no perdió su importancia hasta el día de hoy: “Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Dt. 6:5; comp. Dt. 10:12). –

No es natural que la fe y el amor se preserven en el camino del discipulado. ¿Está nuestro amor por Jesús en peligro de extinción? ¡Hoy puede ser reavivado! Tendremos que mirar a la cruz para eso. Allí Dios reveló Su amor en toda su plenitud. Dejó que ejecutaran a Su amado Hijo por nosotros. Esta muerte es nuestra ganancia. Al morir, Jesús gritó: “¡Consumado es!” (Jn. 19:30). “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1.Jn. 4:9,10).

Con este mensaje singular, puede ser movido nuestro corazón, para amarle a Él; aunque nuestro amor siempre será un “eco débil” a Su amor.

Jesús preguntaba una vez a Pedro: “¿Me amas?” (Jn. 21:15-17; comp. Jn. 14:15,21,23; Lc. 7:47; Ef. 6:24). ¿Cómo será nuestra respuesta?

Día 5

Sal. 16:3; Ro. 6:22

David no se detiene en su relación personal con Dios. Él se interesa por aquellas personas que también conocen y aman a Dios y quiere tener comunión con ellas: “Para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia”.

¿Quiénes son estos santos? No son aquellos que confían en sus buenas obras o cuya piedad se la tiene que mencionar especialmente. El apóstol Pedro afirma que todo aquel que ha puesto su vida voluntariamente bajo el gobierno de Jesucristo y que ha recibido el perdón de sus pecados y la paz con Dios, es un santo: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1.P. 2:9). –

¡Santos que están en la tierra! Nosotros vivimos por lo general bastante cerca el uno del otro, sea en el matrimonio y familia, o sea en un equipo de trabajo o en la iglesia. En esto vemos y escuchamos diversos aspectos, que no podríamos denominar como “santo” o “admirable”.

Esto realmente nos avergüenza. Lamentablemente, por lo general, descubrimos lo “no santo”, lo que no parece atractivo para un cristiano, primeramente en los demás. ¿No debería en primer lugar mirarme a mí? ¿En qué aspecto debería cambiar mi actitud?

Para mejorar nuestra relación con los demás, una conferenciante daba el siguiente consejo: “Considera al otro al lado tuyo como un santo y no te alteres por sus manchitas”.

El que considera que la otra persona es llamada por Dios santo, no se coloca sobre ella como santurrón. Roguemos, como Pablo, los unos por los otros: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1.Ts. 5:23; lea 1.Ts. 3:12,13).

Día 6

Sal. 16:4; Ef. 5:10,11

A la firme determinación de David en el versículo 2 “tú eres mi Señor”, él agrega otra en el versículo 4: “Se multiplicarán los dolores de aquellos que sirven diligentes a otro dios. No ofreceré yo sus libaciones de sangre, ni en mis labios tomaré sus nombres”.

Aquí se trata de una clara negación a todo lo que se pone en contra de Dios. David no se inclina a la dictadura de la mayoría, no se orienta por la opinión de los demás o por los parámetros de otros. Él se orienta por los mandamientos de Dios. Por eso se distancia de todo lo que desagrada a su amado Señor, lo que le quita su honra o lo que le ofende.

¿Qué de nuestro discipulado? ¿Tenemos el valor de defender la causa de Dios y de defender sus mandamientos cuando son ignorados? ¿O es que tenemos miedo al rechazo y la exclusión? ¿Estamos preocupados por nuestra imagen?

Una profunda decepción estalla en una persona que se da cuenta de que ha sido engañada por ofertas seductoras. Algunas personas se dan cuenta demasiado tarde de que los valores que parecían altamente valorados por el espíritu de la época, ya hace tiempo se han quebrados. Los que aman a Dios de corazón pueden pedirle valor para poder decir en los momentos decisivos: “¡No conmigo! Yo me oriento por la Palabra de Dios”. También estarán dispuestos a soportar cierto rechazo de los demás.

Josué puso al pueblo de Israel delante de una decisión, a quién ellos seguirían. Su determinación personal era firme: “¡Yo y mi casa serviremos a Jehová!” (Jos. 24:15).

¿Estamos dispuestos de ir en nuestro camino con Jesús, con decisión? ¿Cuáles impulsos para el decidido: “No” y para el correcto “Sí” encontramos en Pr. 4:10-19 y Ro. 12:1,2?

Día 7

Sal. 16:5; Job 22:24-27

“Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa“. David usa en los salmos muchos cuadros y comparaciones al hablar de su Dios: “Jehová es mi pastor”; “Jehová es mi luz y mi salvación; ... Jehová es la fortaleza de mi vida”; “Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador” (lea Sal. 23:1; 27:1; 18:2). Junto a Dios, David tiene su refugio. Se siente en él la relación personal con Dios. Ella le da sostén en su vida muy exigente y de mucha responsabilidad. - ¿Cómo se consigue una relación personal con Dios?

El pastor y poeta Albert Knapp del sur de Alemania comenta cómo experimentó esta relación decisiva con Dios: “No era un niño abandonado por Dios, pero ciertamente era un niño sin Cristo – sólo un ‘hijo adoptivo de Dios’, pero no de su propiedad. De lo que significa conversión o renacimiento, no tuve la más mínima impresión de ello en mi infancia”.

El cambio en su vida se produjo cuando entró en el seminario teológico de Maulbronn en 1814. Él quedó profundamente impresionado al ver un fresco en la antigua iglesia del monasterio que representaba a Juan y María mirando a Cristo en la cruz. Cuanto más se fijaba en él, más intensamente le preocupaba el pensamiento: “Jesús, tú eres la vida eterna, tú eres mi salvación; si yo fuera tuyo, esto me ayudaría”. Se arrodilló y le pidió a Jesús que se convirtiera en su Salvador y perdonara sus pecados. El gozo por la profunda felicidad de la comunión con Dios, nunca antes conocido, se refleja en una de sus canciones de manera especial: “Conocer a Jesús y tener a Jesús, esta es la suerte más gloriosa del mundo. Busca los regalos más nobles del mundo, encuentra lo que los ojos y los oídos quieran; sin embargo, uno sólo puede refrescar el alma: Conocer a Jesús y tener a Jesús”. (Lea Sal. 73:26; 1.Co. 2:9).

Día 8

Sal. 16:6; Lm. 3:22-24

Muy gozoso David habla de aquello - - que Dios le preparó: “Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la herencia que me ha tocado”. Este regalo de una permanente comunión con Dios nos ha sido dado a todos (lea Col. 1:12-14). Además David nos hace ver, que él está conforme con los dones de Dios y con su guía, en todo lo que fuese (comp. Sal. 57:7-10; 86:12,13). –

El concepto de herencia recuerda la distribución de terrenos después de la conquista de la tierra prometida. Había “naturalmente terrenos, que tenían más valor que otros. Pero el hecho de recibir dones de Dios no permite crítica, ni envidia entre los receptores” (H. Lamparter).

¿Acaso no pasa entre nosotros, que estamos disconformes con nuestra suerte, porque nuestras expectativas o planes no se cumplieron? Y cuando nuestras ilusiones no se realizan y no recibimos lo que hemos esperado, es posible que concluimos frustrados: Mi herencia no me gusta. Fácil y rápidamente se extienden el desagrado y el descontento.

Mientras que David vivía ante la presencia de Dios, se aferró a Él, incluso en situaciones muy difíciles: “Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre” (Sal. 23:3b). David sabe que no son los hombres, ni las circunstancias las que definen su suerte, sino que su vida y su suerte están en las buenas manos de Dios. (Lea Sal. 84:1-12; Ef. 1:17-19; 1.Co. 1:4-9.)

Moisés lo demostró de tal manera que un día ya no quiso ser llamado hijo de la hija de Faraón, aunque esto significaba una vida en grandísimas circunstancias. Consideraba que la vergüenza de Cristo era “mayor riqueza que los tesoros de los egipcios” (lea He. 11:24-26). La presencia de Dios valía más para él que cualquier cosa que la corte del Farón pudiera ofrecerle. (Lea Éx. 33:12-15; Dt. 32:3,4.)

Día 9

Sal. 16:7; Is. 28:29

En el versículo 7, David menciona otra razón por la que él está muy feliz en la comunión con Dios: “Bendeciré a Jehová que me aconseja; aun en las noches me enseña mi conciencia”. David diría hoy: “¡Tengo el Top-consejero, quien nunca está confundido! En todos los aspectos, Él sabe lo mejor y nunca pierde la visión total”.

¿Acaso ya hemos agradecido a Dios y lo hemos alabado por sus consejos maravillosos? ¡Cuántas veces Él intervino en situaciones sin salida y en problemas difíciles! ¡Cuántas veces Él mostró caminos en los que para nada hubiéramos pensado! También hoy Él quiere darnos su consejo. “Dios grande, poderoso, Jehová de los ejércitos es su nombre; grande en consejo, y magnífico en hechos; porque tus ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres” (Jer. 32:18b,19).

Para ser aconsejado por alguien, la confianza es necesaria. Nuestro Dios es digno de confianza en todos los sentidos. Él escucha nuestras preguntas y peticiones y las responde a su tiempo y a su manera. “Pues tus testimonios son mis delicias y mis consejeros” (Sal. 119:24; comp. Sal. 32:8; Pr. 3:5,6).

Pero David también acepta la corrección de Dios. Él habla de que su corazón le enseña en la noche. Pensamos en la conciencia, el sistema interior de advertencia. “Hoy se declara muchas veces que la conciencia fue el resultado de una exitosa manipulación de los educadores ... No se puede afirmar que nuestra conciencia, que se ilumina como una señal de culpabilidad, fuese implantada sólo por los educadores. Nuestra conciencia es una función preprogramada que entra en vigor cuando el hombre es capaz de distinguir el bien del mal” (C Meves). Para esto Dios quiere ayudarnos por medio de Su Espíritu.

Día 10

Sal. 16:8; 123:1,2

“A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido”. No son las circunstancias difíciles, ni las tormentas y las angustias, que conmueven y confunden su vida, a las que David mira fijamente. Él levanta su vista a Dios, que ha creado todo el universo y en cuya mano también descansa su vida pequeña. “No estés absorto en tus pensamientos; no te sumerjas en ellos, de lo contrario, tú mismo clavarás con tus propias manos las estacas para el enemigo que asedia tu alma” (W. Löhe). ¡La dirección de nuestra mirada es importante!

Podemos, como David, tener al Señor delante de nuestros ojos, cuando nos ocupamos con Su Palabra, arraigándonos en ella.

El pastor Wilhelm Busch cuenta - - haber visitado a una persona ciega. El hombre le pidió que le leyera algo de la Biblia. “No traje mi Biblia”, le dije algo avergonzado. “¡Cójala detrás suyo!, en el petril de la ventana, hay una”. Él no la podía leer, pero probablemente algunas veces le visitaban fracasados como yo. “¡Ábrela en el Salmo 34!” me mandaba. Miré el rostro del ciego. Un resplandor iluminaba su cara, como si estuviera entre los ejércitos celestiales, alabando a Dios. Yo leía: “Busqué a Jehová, y él me oyó, y me libró de todos mis temores”. Nuevamente - - miré al hombre. Él afirmaba tranquilo con la cabeza. Yo seguí leyendo: “Los que miraron a él” –por un momento me callaba: este ciego me hace leer justo un pasaje que habla de “mirar”. Me sentía mal por eso. Pero después seguí leyendo, porque él lo deseaba: “Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus rostros no fueron avergonzados”. “Esto es cierto”, afirmaba él y yo comprendí: este ciego en realidad ve”. (Lea Sal. 119:6,30,31,88-93.)

Día 11

Sal. 16:8; 25:15

David está feliz de saber que Dios está a su derecha. Sí, ¡mi Dios está conmigo hoy! Él me apoya y cuida de mí. Este conocimiento despierta nuevas fuerzas. Ahí puede brotar esperanza y coraje. David nos recuerda una y otra vez cuán a menudo Dios ha intervenido con su ayuda. En el Sal. 20:6 él afirma: “Jehová salva ... con la potencia salvadora de su diestra”.

Esto es una promesa para personas que se encuentran impotentes ante una situación y se dirigen en su debilidad al Dios Todopoderoso. Él levanta a los que ya no saben qué hacer, a los que están depresivos y cargados por su dolor y sufrimiento. También en el Sal. 63 David dirige su mirada a Dios, estando en una situación peligrosa, y dice: “Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas” (v.1).

David conoce la angustia de tiempos de “desierto”. Quizás con esto se refiere a tiempos de “sequía espiritual” en su vida. Estos deben de haber sido para él casi imposibles de aguantar, pues lo describe como una situación sin esperanza: “no hay agua”. Él no tiene nada a su disposición lo que le pudiera alentar o revivir. Pero David dirige su mirada a Dios y le dice: “... te he mirado en el santuario” (v.2).

Después de esta mirada David puede decir: “Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido” (v.8).

La palabra hebrea que se usa aquí para “apegar”, significa “aferrarse con amor de una persona”. Tan íntima es la relación de David con Dios. Por eso él puede decir: “Porque (Jehová) está a mi diestra, no seré conmovido” (Sal. 16:8b; lea Sal. 73:23b).

Día 12

Sal. 16:9-11; Col. 3:1-4

En los últimos versículos sentimos que David deja irrumpir la brillante esperanza que abarca nuestra vida terrenal y también la vida eterna. “Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente; porque no dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu santo vea corrupción”.

David está seguro que la muerte no tiene la última palabra sobre él. Cómo va a suceder esto, sigue siendo un misterio en el Antiguo Testamento y por tanto, también en nuestro salmo.

Al principio de su canción David le dice a Dios: “No hay para mí bien fuera de ti”. Una traducción moderna dice: “¡Tú eres toda mi felicidad!” (v.2). El final de su canto le lleva más allá de esta vida terrenal a la gloria eterna. Allí, en su encuentro con Dios, le espera una alegría indescriptible. “Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre”. (Comp. Is. 35:10; Jn. 14:3; 17:24; Fil. 3:20,21.)

Llama mucho la atención que Pedro usa palabras del Sal. 16 en su sermón en Pentecostés (lea Hch. 2:24-28). Con estas palabras él señala a la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Su resurrección es la garantía de que nosotros podremos estar para siempre en su presencia. “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”. (Jn. 11:25,26).

Entonces se cumplirá lo que experimentamos aquí sólo en parte: En Su presencia hay plenitud de gozo. Este gozo está unido con el poder mirar Su rostro. El último límite, que nos separa de Él ahora, aún siendo hijos de Dios, ya no existirá entonces, y “le veremos tal como él es”. ¡Qué día será este! (Lea 1.Jn. 3:1-3; 1.P. 1:8,9; Ap. 22:3,4.)